

cen desatados, donde el hombre corre aventuras llenas de peligros, donde se palpan las pasiones, el embrutecimiento y la miseria. Es éste un libro interesante que el Gobierno tomará en cuenta para salvar vidas humanas.

He aquí una descripción del paisaje que sirve como escenario de la novela: «La vida se nubla o resplandece en las quebradas del Yunga. Unas veces el sol se eleva como una armonía y salpica de notas de luz y color los follajes, hace intensa, fuerte, vital, la existencia como una música; otras veces, la niebla que baja silenciosa como un ala, como una serpiente, cae con sus opacos tules sobre el Yunga, y el cielo se vuelve pálido, gris y doliente».—FRANCISCO SANTANA.



JUDITA, novela de *Francesc Trabal*.— Edit. La Mirada.
Santiago, 1941

El lector corriente, o sea aquél que no se dedica á severas disciplinas literarias para informarse de cuanto ocurre en el dilatado mundo de las letras, poco conoce aquí en Chile, la literatura catalana. Muy rara vez se encuentra en nuestras librerías algún libro de Narciso Oller, o de Catalina Albert y Paradis, (Víctor Catalá) la fecunda autora de aquella hermosa novela titulada «Soledad» que leímos hace años en aquellas imponentes ediciones de Montaner y Simón.

Ricardo A. Latcham, el prologista de la edición chilena de «Judita», nos dice que la novelística catalana adolecía de ruralismo; que se ahogaba su desarrollo promisor por un abuso de lo campesino. La afirmación es harto antojadiza, pues no vemos por qué razón un tipo de literatura ha de ser pernicioso para el desarrollo de otro en el cual se manifiesten diversas tendencias en la creación artística. Y esto lo decimos, porque el influjo de una manra de hacer arte, no puede llegar a ser

tan poderoso, como para imponer un módulo que desvirtúe las inclinaciones o, por mejor decir, el temperamento de un escritor. Porque no es el escritor el que escoge el ambiente, sino que el ambiente lo coge a él, metiéndosele por los ojos y por la sensibilidad, en tal forma que cada reacción de su espíritu corresponde a un criterio emocional, al cual la imaginación da formas.

Pero ésta es sólo una manera de pensar, otra opinión que tal vez no tenga más valor que el de diferir de la de Latcham. Mas, en el caso de Trabal, nos aferramos a la nuestra, pues este novelista nos da una sensación de finura, de delicadeza, de matices psicológicos tan complicados y absurdos para la mentalidad de un ser simple y rudo, que, se nos ocurre, no acertaría a pintar las pasiones violentas y primarias de los hombres que se dejan guiar por el instinto.

Y esto, no por incapacidad, sino por diversidad de temperamento. ¿Acaso podría exigírsele a Miró que escribiera un libro a la manera de Pío Baroja? O al revés. ¿Podría pedírsele a Kipling o a Conrad, que escribieran a la manera de Huxley? Creo que son cosas poco menos que imposibles. Son distintas maneras de ver reflejadas en el espejo del alma—la metáfora es bastante cursi, pero traduce con exactitud lo que deseamos decir—lo que pasa en torno nuestro. Las resonancias vitales que se plasman en la sensibilidad.

Trabal, es un civilizado en la más amplia expresión de la palabra, y, naturalmente, en la acepción honesta y pura de ella. Un hombre de sutiles matices psicológicos. Conoce maravillosamente las más intrincadas reconditeces del alma femenina. Sus mutaciones más inesperadas y sorprendidas. El claroscuro vertiginoso de sus caprichos, de la risa y el llanto, de la felicidad entusiasta y loca, a la cólera y la desesperación,

Y es por esto, que con pulso seguro ha podido escribir esta sorprendente novela, cuya lectura nos da la impresión de encontrarnos frente a un maestro en el arte de narrar todos aquellos difíciles y complejos aspectos de la vida atormentada.

De la existencia que se desdobra a cada momento para mostrarnos perfiles que parecen imposibles en un mismo ser.

Porque Lidia, Lidetchka, como sabe llamarla con ternura el amante, es un ser delicioso. Un ser divinizado, por el prodigio de creación artística que hay en el novelista, para infundirle vida a esa muñeca admirable, a esa criatura desprendida del lienzo de un artífice, o de un cromó de fantasías. La sentimos frágil como un pajarillo, tierna como un infante, buena como un rayo de sol, bella como un milagro. Y lo interesante del caso es que el autor no la describe físicamente, sino que todo se nos entra en la imaginación por obra y gracia del novelista que supo extraer delicadamente de cada faceta de su emoción, lo preciso para darnos esa imagen de Lidia, de Lidetchka.

Y sin darse cuenta el lector, junto con el novelista se va sintiendo envuelto en una sensación distinta, con respecto a aquel ser de simpatía y adoración. Una sensación que del despego pasa a la molestia, de la molestia al aburrimiento, al odio. ¡Oh, qué pena tan grande da decirlo!—hasta llegar a la repulsión.

Y todo ocurre como por arte de hechicería. ¡Qué rara y hermosa novela es ésta que ha escrito el fino artista que es Francesc Trabal.—LUIS DURAND.